Don Quijote de la Mancha

AÑO II

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

Núm. 80

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

En la capital al mes..... 1 peseta
Fuera de la capital trimestre..... 3 pesetas

DIRECTOR-PROPIETARIO

D. EMILIO BERNABEU Y NOVALVOS

CIUDAD-REAL 8 DE ABRIL DE 1903.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALATRAVA, 19

SE PUBLICA

LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

Anuncios y comunicados á precios convencionales

LA MADRE DEL DOLOR

¿Veis allá, en la cima de la triste y desierta montaña donde se desarrollan los trágicos y trascendentales sucesos de nuestra rehabilitación por el Hombre Dios, Cristo Jesús, destacarse una mujer *enlutada*, presa del mayor paroxismo que pudiera concebir jamás entendimiento humano? Miradla *pura* como el rocío de la mañana, como el candor de la inocencia; *triste* como la madre cariñosa á la vista de su hijo moribundo; *abandonada* y *sola* como deja la ingratitud á sus manos bienhechoras y como se quedan los muertos en sus sepulcros; *hermosa* como hermoso es el sentimiento; *fuerte* como la roca indestructible, é *inmóvil* como el varón esforzado que se sobrepone á la desgracia, como el pundonoroso soldado, como el centinela valeroso de guardia en su campamento, que pasarán por cima de él antes que entregar la plaza.

Es nuestra madre, es nuestra correntora que acepta el sacrificio de la cruz al pie del calvario, junto al lábaro santo de nuestra redención, que hasta entonces era tenido como trofeo de ignominia y de reprobación, cuyo castigo, muerte de cruz, se imponía á los más famosos y mayores criminales.

Allí, junto á la cruz de su Hijo, la vemos, no fulgurante y llena de gloria como en la gruta de Belén donde tiene principio nuestra salvadora justificación, y donde, llena de santa alegría, oye cantar á las legiones los coros angélicos: «Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» Allí la vemos, no obscurada y consolada por su divino Hijo, como en las regias bodas de Caná de Galilea por los numerosos é ilustrados comensales invitados á aquel acto, cuando tiene lugar la conversión del agua en el más rico y aromático vino, debida á su petición llena de los más generosos sentimientos.

No: no la vemos allí rodeada de gloria, si no presa de la mayor amargura como un mar de insondables tristezas y llena del más ineficaz dolor. *Destituta* é *sol*. Sola y abandonada de todos los suyos.

Dice el Evangelista San Juan, el discípulo amado, el que más tarde había de descansar su cabeza sobre el pecho sagrado de su Divino Maestro, de su Señor y Salvador; *Stabat*.—No hay entendimiento humano que pueda profundizar esta frase sublime. Y no lo hay, porque esta palabra es la síntesis de un poema, el poema del amor, del sentimiento y del heroísmo.

Esta pasmosa y estable actitud en que vemos colocada á tan esforzada mujer, la Virgen madre, la divina nazarena, juntamente con las pocas personas que la acompañan, ofrece un faltar á la vez que consolador contraste: la pregunta que se hace en el sagrado libro de los Reyes: «¿Quién subirá al monte del Señor?...» interroga el Real salmista, ó mejor dicho, ¿quién permanecerá ó estará

en su santo lugar?... Los que conservan sus manos inocentes y los que son limpios de corazón,» contesta en absoluto.

Por esto, junto á la Cruz de Jesús, á pesar de que también han subido al monte Calvario la soldadesca romana, los verdugos, los príncipes de los sacerdotes y todas aquellas turbas ébrias de rabioso furor, solo permanecen, el discípulo amado y las mujeres piadosas. Las almas que se abrazan á la cruz del sacrificio y las que únicamente saben sufrir con resignación cristiana los trabajos y adversidades de esta vida, son las que acompañan, como aquéllas, á la que es Virgen y que también se llama la Madre del dolor.

ISIDORO LÓPEZ GUEVARA.

ODA

LA MUERTE DE JESÚS

¿Y eres tú el que velando
La excoisa majestad en nube ardiente,
Fulminaste en Siná? Y el impío bando,
Que eleva contra tí la osada frente,
¿Es el que oyó medroso

De tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas ahora abandonado

¿Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo

Alzas gimiendo el rostro lastimado.

Cubre tus bellos ojos mortal velo,

Y su luz extinguida,

En amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena;

Amor más poderoso que la muerte.

Por él de la maldad sobre la pena

El Dios de las virtudes, y el león fuerte

Se ofrece al golpe fiero

Bajo el vallón de cándido cordero.

¡Oh víctima preciosa,

Ante siglos de siglos degollada!

Aun no abuyentó la noche pavorosa

Por vez primera el alba nacarada,

Y hostia del amor tierno,

Moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! ¡quién podrá mirarte,

Oh paz, oh gloria del culpado mundo!

¿Qué pecho empedernido no se parte

Al golpe acerbo del dolor profundo,

Viendo que en la delicia

Del gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudales

De esas sangrientas llagas, amor mío?

¿Quién cubrió tus mejillas celestiales

De horror y palidez? ¿Cuál brazo impío

A tu frente divina

Cinó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crüeles;

Al Santo perdonad, muera el malvado.

Si sois de un justo Dios ministros fieles,

Caiga la dura pena en el culpado;

Si la impiedad os guía

Y en la sangre os cebais, verted la mía.

Mas ¡ay! que eres tú solo

La víctima de paz, que el hombre espera.

Si del Oriente al escondido polo

Un mar de sangre criminal corriera,

Ante Dios irritado,

No expiación, fuera pena del pecado.

Que no, cuando del cielo

Su cólera en diluvios descendía,

Y á la maldad que dominaba el suelo,

Y á las malvadas gentes envolvía,

De la diestra potente

Depuso Sabaotn su espada ardiente.

Venció la excoisa cumbre

De los montes el agua vengadora:

El sol, amortecida la alba lumbre,

Que el firmamento rápido colora,

Por la estera sombría

Cual pálido cadáver discurría.

Y no el casto indignado
De su semblante desoñó el Eterno.
Mas ya, Dios de venganzas, tu Hijo amado,
Domador de la muerte y del averno,
Tu cólera infinita

Extinguir en su sangre solicita.

¿Oyes, oyes cual clama:

padre de amor, por qué me abandonaste?

Señor, extingue la funesta llama

Que en tu furor al mundo derramaste:

De la acerba venganza

Que sufre el justo nazca la esperanza.

¿No veis cómo se apaga

El rayo entre las manos del Potente?

Ya de la muerte la tiniebla vaga

Por el semblante de Jesús doliente,

Y su triste gemido

Oye el Dios de las iras complacido.

Ven, ángel de la muerte:

Esgrime, esgrime la fulmínea espada,

Y el último suspiro del Dios fuerte,

Que la humana maldad deja expiada,

Suba al solio sagrado,

Do vuelva en padre tierno al indignado.

Rasga tu seno ¡oh tierra!

Rompe ¡oh templo! tu velo. Moribundo

Yace el Criador; mas la maldad aterra,

Y un grito de furor lanza el profundo.

Muera... Gemid, humanos:

Todos en él pusisteis vuestras manos.

ALBERTO LISTA.

CUENTOS

SUEÑOS

NO ME JUYAS!

¿Qué cómo fué?

Lo ignoro y ni aun trato de investigar si el hecho es cierto. Tal es el temor de que con la investigación surja la negativa.

Puede ser verdad y puede no ser sino un exceso de mi imaginación calenturienta ávido de emociones, henchida de deseos y esperanzas, de un *algo* inexplicable en el que se unen en extraño consorcio el espíritu y la materia.

C... es una capital de provincia de lo más tranquila que se conoce, en ella la vida se desliza plácidamente; los habitantes son afables, sencillos, poco inclinados á diversiones.

Los hechos de cualquier especie son conocidos y comentados á los cinco minutos de haber ocurrido (en ocasiones antes que se realicen) y esto nos dará idea de lo que es aquella ciudad.

A ella había llegado yo por ciertos asuntos que no interesa conocer ahora, siendo cariñosamente recibido merced á los buenos amigos á quienes acompañaba.

Allí adquirí magníficas relaciones que me proporcionaron ratos *hermosísimos*.

Mi estancia en C... debía ser corta, quince días á lo sumo, y durante ellos traté de aprovechar el poco tiempo que mis ocupaciones me dejaban libre.

Entre mis nuevos amigos distinguíase un muchacho que, por sus excelentes condiciones, habíase hecho acreedor á mi mayor estimación.

No recuerdo cómo ni en qué ocasión, discurriendo sobre diversos asuntos, la conversación fué convergiendo hasta detenerse en el sexo débil, lo que frue-

cuentemente ocurre cuando los habladores son de pocos años.

El pronunció un nombre; yo pedí explicaciones; se me dieron amplias, extensísimas, y á los diez minutos, después de haberme despedido con la mayor premura pretendiendo un trabajo urgente, me hallaba en presencia de un ángel.

Algunos escarceos, simulacros de ataque y defensa y levantamiento del cerco, fueron los resultados de aquella primera entrevista.

¿Cuál fué lazo?

¿Cuál la chispa determinante?

¿Otra visita? ¡A una mujer!

El ángel la presencia, como todos los ángeles sin ser visto ni oído; al igual que el niño Dios que oculto entre sus rosadas auras hirió aquel corazón hasta entonces virgen de todo sentimiento.

Despecho, una cruel sensación de celos y después... la confesión franca y sincera, la espontánea que no admite dudas, aquella que surge de lo más íntimo del ser llevando en cada frase, en cada acento el inequívoco sello de la verdad, del sentimiento real.

¡Estaba escrito!

Nuestras almas se fundieron en una, más íntimamente que nuestros cuerpos enlazados por el brazo pasional de la locura, del deseo insaciable y de aquel período cortísimo espacio de tiempo para la satisfacción de aquel amor rápido que consumías nuestras energías; conservo una impresión deliciosísima que me conduce á la abstracción de cuanto me rodea y durante la cual en el caos inmenso de mi cerebro desquiciado por la multiplicidad de impresiones intensísimas se mezclan y dibujan sin precisión de contornos, como sombras esfuminosas, boceto informe de un cuadro imaginario de ilusiones, las esbeltas *cañes* que por sus cristalinos bordes dejan escapar la dorada manzanilla, símbolo de aquel cariño que aunque efímero, como la acción del licor, también llegó á los bordes y muy grande para tan poco espacio como el pecho se derramó á impulsos del deseo; alegres acordes y rítmicos rasgueos del armonioso instrumento que así expresa las alegrías como los pesares del pueblo español, argentinas voces, sonoras carcajadas, extraños chasquidos de besos, mezclados á amargos reproches, á rotundos mentís, á cariñosas preguntas expresadas con todo el ardor de la pasión irrazonable y entre esta gran batallón, aún creo sentir unos brazos mórbridos, palpitanes, que se enlazan á mi cuello con fuerza irresistible y ver una boca no soñada de extraños matices que acercando sus labios entreabiertos á los míos, me dice con sublime acento de ruego de la mujer rendida al verdadero, al único amor.

¡No me juyas! ¡No me juyas!
Después... la terrible despedida, los juramentos sinceros, las eternas promesas, un tren que á toda velocidad me aleja de C... una noche en *sleeping*...
¡Mentira! ¡Mentira! ¡No hay tanta felicidad sobre la tierra!